

PATRICIO AYLWIN:

“ESTOY DISPUESTO A RAZONAR SOBRE LA BASE DE QUE LA CONSTITUCION DE 1980 ES LEGITIMA PARA EL SOLO EFECTO DE SU MODIFICACION”

EL EX SENADOR DEMOCRATACRISTIANO PIENSA QUE ES INDISPENSABLE BUSCAR UNA SALIDA CONSENSUAL CON LAS FUERZAS ARMADAS “AHORA, ANTES QUE SEA DEMASIADO TARDE”. OPINA QUE “EL GRAN OBSTACULO PARA UNA SALIDA ES LA INTRANSIGENCIA DEL GOBERNANTE”.

Algo tiene Patricio Aylwin que todos sus argumentos resultan convincentes, más que eso: irrefutables. Debe ser esa claridad de mente, ese equilibrio... Y por qué no decirlo: debe ser también la situación chilena que para un demócrata como él tiene que resultar “dolorosa y simplemente inaceptable.” Por eso protesta: “¿Y qué nos mueve a protestar?”, se pregunta y luego responde: “La convicción profunda de que este país no da para más, que Chile está enfermo, está enfermo de hambre, está enfermo de desocupación, está enfermo de división social, de falta de credibilidad, de mentira impuesta, de violencia... Chile tiene el alma trizada”. Cuando habla así hay verdadero dolor en su voz, en su rostro angustioso, en sus ojos claros. Y uno lo mira sin saber qué decirle. “Y quien nos gobierna nos pide que nos quedemos tranquilos y que lo dejemos a él; si él lo estuviera haciendo bien, uno podría decir: ¡ya!, me ciego,

pero cuando uno ve que está fracasando, que ha fracasado en todo, que su política económica ha sido un desastre, que el país está aislado, endeudado como nunca y la sociedad chilena profundamente dividida...”

Y no es que Patricio Aylwin sea un apocalíptico; lo que pasa es que está convencido de que las cosas tienen que cambiar, “ahora, antes que sea demasiado tarde”.

La trayectoria de este hombre, que fue durante años profesor de Derecho en ambas universidades (la Católica y la de Chile), senador, presidente de su partido, presidente del Senado en 1971 y una calidad moral intachable, reconocida por moros y cristianos, les da a sus palabras un peso especial...

LA SALIDA

Aun cuando Aylwin no es de los más

optimistas respecto de la situación actual, tampoco ha perdido toda esperanza. Él piensa que sí es posible “con el esfuerzo de todos” salir del atolladero. Y no se queda sentado criticando y nada más; propone una salida que llama “jurídico-política, que contempla introducir en la Constitución del 80 varias modificaciones: “Cambiar, desde luego, todas las disposiciones transitorias y las normas sobre generación y atribuciones del Congreso para tener un Congreso representativo, elegido por sufragio universal y dotado de reales atribuciones legislativas y fiscalizadoras. Un Congreso verdaderamente democrático. Habría que modificar las disposiciones sobre estados de excepción, las disposiciones sobre atribuciones del Tribunal Constitucional y también sobre las atribuciones y la composición del Consejo de Seguridad Nacional.

“Yo he visto, con gran satisfacción, que gran parte de estas ideas han sido

recogidas por el Partido Nacional en el documento que ha planteado recientemente al país. No significa un pleno acuerdo en todo, pero hay ahí una gran coincidencia."

—¿Cómo podría conciliarse esta salida jurídico-política con el afán del general Pinochet de aplicar la Constitución de 1980, tal como está?

—Francamente no hay manera de conciliarla. Yo creo que no hay salida posible si el régimen se empeña en mantener su ordenamiento. Sobre esa base no hay consenso de ninguna especie. Eso sería exigirle a la disidencia la rendición incondicional, la capitulación.

—Y esta salida que usted propone, ¿podría hermanarse con esa otra salida consensual acordada de que habla el general Matthei?

—Claro. Esto calza perfectamente con lo dicho por el general Matthei, quien ha expresado que los interlocutores para las fuerzas políticas son los mandos de las Fuerzas Armadas. Entonces, si las fuerzas civiles nos ponemos de acuerdo en un esquema de medidas, tendríamos que plantearse a la Junta de Gobierno, para que la Junta, discutiendo con la disidencia esas ideas pudiera hacerlas suyas; y si las hiciera suyas, las tradujera en una reforma constitucional que se sometería a plebiscito, y una vez aprobadas entraría en vigencia el nuevo sistema.

—¿Y dónde deja al general Pinochet en todo ese cuento?

—El papel del general Pinochet tendrá que ser decidido por él. Si él está dispuesto a abdicar de sus poderes absolutos y si está dispuesto a que haya una verdadera transición a la democracia, un Congreso democrático, bueno, indudablemente que una actitud de ese orden removería un obstáculo serio.

—Pero no hay nada que indique que el general Pinochet tenga esas intenciones...

—Hasta ahora los hechos parecen demostrar que todo eso repugna a su propio temperamento, a su modo de ser o a convicciones muy profundas que tiene, lo cual lo presenta como el principal obstáculo para una salida de esta especie.

—Por otra parte, el general Pinochet ha sido bien claro al decir que

el consenso a que él se refiere pasa por el reconocimiento de la legitimidad de su Gobierno y de su Constitución. Ustedes ¿estarían dispuestos?

—Categoricamente, no. Yo no exigiría jamás al general Pinochet que declarara que su Constitución es ilegítima. Eso sería pedirle algo inaceptable. No tiene él derecho a pedir que la oposición la declare legítima. En esa materia no hay transacción posible y la única manera de soslayar el problema y de buscar un acuerdo, sin ir a una ruptura, es dejándolo de lado. Yo estoy dispuesto a razonar sobre la base de que la Constitución de 1980 es legítima, para el solo efecto de su modificación. Si estamos de acuerdo en que vamos a modificarla, partamos de ahí, pero si usted me dice que primero tengo que reconocerla para correr el riesgo de que me tomen la palabra y luego la dejen tal como está, por ningún motivo.

—Todos están de acuerdo en que es necesario buscar una salida consensual acordada con las Fuerzas Armadas; así piensa la Alianza Democrática, el Partido Nacional, la Iglesia Católica, el general Matthei y al parecer el almirante Merino también, pero a la hora de la verdad, aquí se hace exactamente lo que quiere el general Pinochet. Siendo así, ¿cómo se corta este queque?

—Esto debiera caer de puro maduro. Es tan evidente que el gran obstáculo para una salida es la intransigencia del gobernante, que quienes constituyen la fuerza de sustentación de este gobernante debieran representarle que o él cambia su actitud o debe dejar su lugar.

—En círculos militares ha trascendido que los militares no van a entregar el poder hasta no tener la seguridad de una cancha de aterrizaje suave y todas las garantías de que no habrá revanchismo ni vendrá el "caos". ¿Qué va a hacer la oposición para convencer a los militares que después de ellos vendrá la democracia y no el fantasma del comunismo ni la revancha?

—La historia prueba que mientras más se demoran estos procesos, mayor es el riesgo del caos, de violencia, de revanchismo y persecu-

ción; que mientras más rápidamente se logra una salida consensual, más fácil es lograr soluciones pacíficas donde los derechos de todos sean respetados y donde haya menos violencia y menos venganza. De parte de la disidencia, particularmente la Alianza Democrática, en partidos de derecha y en la antigua izquierda, no existe una actitud de venganza.

—Mientras más ha sufrido la gente, más tiende a comprender que hay que evitar mayores sufrimientos; que hay que buscar salidas de comprensión, lo que no significa que algunos nos arroguemos el derecho de perdonarlo todo cuando nosotros no hemos sido las víctimas. Siempre tiene que haber un margen para que se haga justicia a través de los Tribunales, en los casos planteados por los victimarios. Lo dijo el general Matthei, durante su entrevista, en términos muy claros y tiene toda la razón."

EL ESFUERZO QUE PIDE EL GOBIERNO

Patricio Aylwin dice que "estamos corriendo contra el tiempo. Pienso en la desesperación de la gente que lleva meses, años en la cesantía, en los miles y miles de familias que tienen dificultades para alimentarse. Me imagino la cantidad de violencia que va acumulando esa gente, ¡cuánta rabia! Aquí no se puede seguir jugando con fuego. Si no se da una solución que permita a todos los chilenos ponernos de cabeza a resolver el problema económico para darle trabajo y comida a la población, puede ser demasiado tarde y entonces sí que no habrá tranquilidad y sobrevendrán la violencia y la venganza.

—El Gobierno argumenta que el advenimiento de la democracia no soluciona el problema económico. ¿Qué dice usted?

—De acuerdo: por sí sola, no. Pero hay una cosa clara: aquí se llama a apretarse el cinturón, se dice que hay que hacer un esfuerzo nacional. Yo pregunto: ¿qué esfuerzo se le puede pedir a un país donde hay un millón de cesantes? ¿Qué esfuerzo se le puede pedir a una parte del país que



“Yo no exigiría jamás al general Pinochet que declarara que su Constitución es ilegítima.”

se siente privada de sus derechos, que se siente perseguida, que es objeto de los insultos y las agresiones del Gobierno? Y por otro lado, cuando hay miles de chilenos exiliados, no es posible movilizar un esfuerzo nacional. El general Pinochet ha dicho recientemente que “seguimos en guerra”. Y dentro de un clima de guerra interna, ¿de qué esfuerzo nacional estamos hablando?

—El general Pinochet está en guerra con los comunistas, según dice, no con el resto...

—La guerra no es sólo con el Partido Comunista. La guerra es con todos los que no luchan como él contra el Partido Comunista. Los comunistas y los que no están contra los comunistas son los enemigos del régimen y del general Pinochet.

“Desde otro punto de vista es clarísimo que para resolver el problema

del empleo, para reactivar la economía, aparte de movilización, de esfuerzo y sacrificio, necesitamos comprensión externa; necesitamos un trato internacional distinto. Y así como en el interior no vamos a lograr movilizar a todos los chilenos mientras exista un régimen como el actual, afuera tampoco vamos a tener comprensión mientras subsista este régimen.”



LOS GESTOS QUE PIDE LA IGLESIA

—Monseñor Fresno ha estado pidiendo gestos de buena voluntad para llegar a un entendimiento y en ese plano hay gente que piensa que la bomba colocada en una iglesia de Punta Arenas significa un tremendo atropello a la Iglesia Católica. ¿Qué le parece a usted?

—Me parece de la mayor gravedad. Lo veo como una prueba de que al interior del régimen hay gente que cree que está en guerra, no sólo con los comunistas, sino con todos los que discrepamos; gente que quiere acallar las voces que se levantan para decir la verdad. Aquí se habla mucho de la violencia subversiva, de los pobladores que ponen barricadas o de la gente hambrienta que asalta los supermercados. Yo no voy a justificar todo eso. Está mal. Sin embargo, no se habla de esa otra violencia: la de los aparatos de seguridad, la de las fuerzas policiales. El país es conmovido, cada cierto tiempo, por voladuras de torres; por explosivos que detonan en distintos lugares. Generalmente se dice que son subversivos, que son extremistas de izquierda, comunistas o miristas. Se ha llegado a decir que son personas venidas del extranjero. Pero, curiosamente, en este país que tiene tan buenos y numerosos servicios policiales, nunca se descubre

nada. De pronto muere una mujer dinamitada. Se dice que era extremista, pero luego se descubre que había sido detenida antes que explotara la carga de dinamita. Queda la sombra de una duda muy clara: esa mujer no era la que estaba colocando la carga. Luego, en una invasión armada a la sede de la Universidad de Copiapó, muere un civil que se encontraba entre los estudiantes y resulta que era el jefe de la CNI de la zona, infiltrado en el alumnado. Y ahora: parece ser que era un oficial de Ejército quien colocaba una bomba para hacer explotar la iglesia de Punta Arenas... Esto da qué pensar. ¿No se está jugando a crear la apariencia de una violencia extremista sobre la base de hechos generados por los propios servicios del régimen? Durante años se nos negó la evidencia de los desaparecidos; se nos dijo que estaban fugados o que habían muerto en enfrentamientos; y sólo se descubrió el velo cuando apareció el entierro de Lonquén y cuando se descubrieron los muertos de Laja. Si nos mintieron entonces, uno tiene derecho a pensar que ahora también nos mienten. El país tiene derecho a exigir que se establezca la verdad sobre la violencia. El país no sabe quiénes son los autores de las muertes que se producen en estos actos de terrorismo que nunca se aclaran. Hay una cortina de humo, de la cual se hacen cómplices los medios de comunicación oficialistas, que silencian estos

hechos cada vez que está claro que provienen de sectores vinculados al régimen. Esta es una enfermedad moral que está corroyendo el alma nacional. Yo creo en aquello de que sólo la verdad nos hará libres. La convivencia social se tiene que fundar en la verdad y en esto el Gobierno tiene que tener el coraje de decir: pongámonos de acuerdo en la verdad. Ahora, si eso sucede, naturalmente tendría que cambiar, como consecuencia, todo el panorama nacional.

—Y en todo este cuadro, ¿cómo se explica usted la última declaración del Partido Comunista diciendo que no abandonará la vía violenta?

—Me la explico, porque en el fondo, al declarar eso, el Partido Comunista, le está haciendo el juego al general Pinochet y uno y otro se están ayudando recíprocamente. Mientras el general Pinochet pueda invocar el peligro de la violencia para sostenerse, subsiste la dictadura; y mientras la dictadura se prolongue, el Partido Comunista va ganando posiciones para el round final... ■

Elizabeth Subercaseaux